

BIBLIOTECA AMERICANA

Por Ernesto MEJIA SANCHEZ

M. AGUILAR, editor de Madrid, y el crítico argentino Julio Caillet-Bois, han comprometido, muy recientemente, la gratitud de los lectores de lengua española, y, en especial, la de los estudiosos de la literatura hispanoamericana. A fines de 1958 lanzaron un volumen de cerca de dos millares de páginas, dedicado con exclusividad a la poesía de la América hispánica, excepto Brasil.

A cuenta del editor deben cargarse, además de la presentación y difusión de la obra, famosas en el mundo de los libros, lo atinado de la elección del antólogo, el no arredrarse ante el vastísimo material que éste acumuló, la elaboración de los índices, tan útiles para manejar un volumen de esta naturaleza. A Julio Caillet-Bois, aventajado discípulo de Pedro Henríquez Ureña, investigador, expositor y crítico de reconocida solvencia, se debe el resto, o más exactamente, el todo: la recopilación de los textos, el prólogo, las bibliografías (general y particular, nacionales e individuales), y por encima, el criterio selectivo y la responsabilidad que entraña.

Esta *Antología de la poesía hispanoamericana* (Madrid, Aguilar, 1958; 1987 pp.), cuenta con precedentes ilustres, desde la *América poética*, de Juan María Gutiérrez (Valparaíso, 1846) hasta la *Antología de poetas hispanoamericanos*, de Menéndez Pelayo (Madrid, 1893-1895), y la más reciente de Federico de Onís, *Antología de la poesía iberoamericana* (París, 1956); las supera a todas por su mayor caudal informativo y textual, por su mirada abarcadora.

En el tiempo, la nueva *Antología* se ordena desde la época prehispánica hasta nuestros días más inmediatos. De la poesía indígena, traducida al español, al poeta más joven de la *Antología*, nacido en 1930, se cuentan unos 500 poetas. Parecen muchos, en verdad. Pero, si no son todos los que están, no faltará quien diga que tampoco están todos los que son, con lo que se llegaría a mantener la cifra en su sitio. Desde luego, la palabra "antología" tendrá siempre que ver más con "antojo" y no con "todo", como gritó contrariado un diplomático poeta dominicano (o trujillista) al descubrir que una antología suya no englobaba sus "obras completas".

Pero el espinoso problema de las inclusiones y exclusiones se resuelve fácilmente si se conoce por anticipado el criterio del antólogo; por lo menos se puede juzgar si éste fue consecuente con aquél. Alfonso Reyes, en su "Teoría de la antología", establece que "toda antología es ya, de suyo, el resultado de un concepto sobre una historia literaria" (*La experiencia literaria*, Buenos Aires, Losada, edición de 1952, p. 111). Advierte sí, a continuación, que en la realidad hay antologías "en que domina el gusto personal del coleccionista, y las hay en que domina el criterio histórico, objetivo" (*idem.*, p. 112). Caillet-Bois se decidió por este último criterio y así lo

hace saber al frente de la "Advertencia" preliminar: "En esta *Antología de la poesía hispanoamericana* se ha querido ofrecer la más amplia exposición de la actividad lírica de nuestro continente. El criterio que ha presidido congregación tan copiosa ha sido puramente histórico y objetivo; se ha tratado de que estuvieran incluidos todos aquellos escritores que ejercieron alguna influencia en su época, y cuya importancia aparece garantizada por la crítica, desechando preferencias personales en la elección de nombres" (p. 9).

Otra cuestión previa es planteada también por Caillet-Bois en la "Advertencia" de su *Antología*: la de la nacionalidad de los poetas representados. "Están —dice— los nacidos en América

ANTOLOGIA DE LA POESIA HISPANOAMERICANA

Estudio preliminar, recopilación y notas de
JULIO CAILLET BOIS

AGUILAR, S. A.  DE EDICIONES

—y algunos europeos que se consideran hispanoamericanos por adopción—, pero solamente los que usaron la lengua española; con alguna excepción: P. Rafael Landívar, que escribió en latín las más hermosas descripciones de la naturaleza americana" (p. 9). Aquí se ve que toda discriminación basada en el lugar de nacimiento o en la lengua, limita considerablemente los horizontes americanos; en la cultura de América intervienen diversos orígenes étnicos y lingüísticos, que no se pueden omitir sin injusticia o sin pérdida. De ahí las excepciones que Caillet-Bois, con toda razón, consigna en cada campo, olvidando entre ellas sólo a la poesía indígena, que él ha sido el primero en incorporar al acervo poético hispanoamericano.

Si la poesía latina de Landívar, la náhuatl y la quechua, traducidas al español, al igual que otras traducidas de otras lenguas "se juzgaron indispensables y parecieron dignas de figurar con las poesías originales", es menos explicable la omisión de Ercilla y de otros españoles que escribieron en América y

sobre América, por el hecho, únicamente, de no haber nacido en ella. Federico de Onís, al discutir y afirmar el americanismo de Ercilla, Oña y Balbuena, acierta en sus razones, pero al fin no los incluyó en su *Antología*. Caillet-Bois sí le dio acogida a los dos últimos: a Oña, por su nacimiento americano; a Balbuena, quizá por la recomendación de Onís: "Más americano que los dos [primeros] es Bernardo de Balbuena."

Pero la frase de Onís debe verse en el contexto respectivo: "Me refiero al hecho de que varios de los poetas nacidos en España fueron en rigor americanos más que españoles, y su obra pertenece a la literatura americana con los mismos o mejores títulos que la de los poetas nacidos en América. Alonso de Ercilla (1533-1594) crea en *La araucana* (1569-1589) un poema épico del Renacimiento, distinto de todos los que se escribieron en Europa, del que nacen no sólo los poemas épicos escritos por poetas nacidos en América, que llenan la literatura colonial, sino algunos de los temas esenciales de la literatura americana que van a dominar en la literatura posterior desde el romanticismo hasta hoy. Pero de Oña (1610-1643?) en su *Arauco domado* no es más americano por haber nacido en Chile, que Ercilla, nacido y formado en España. Más americano que los dos es Bernardo de Balbuena (1568-1627), cuyo poema *Grandeza mexicana* (1604) está concebido poéticamente desde el punto de vista de México, con personalidad americana propia, bien definida ya en la segunda mitad del siglo XVI por su naturaleza y su vida ciudadana". Para Onís, pues, vale más que el lugar de nacimiento, el punto de vista del poeta, el espíritu que refleja la obra. A este respecto es útil consultar el ensayo "Sobre la nacionalidad del escritor", de Joaquín Casaldueño (*Cuadernos*, París, noviembre-diciembre de 1956, pp. 20-26), en el que se leen estas ponderadas conclusiones: "Del siglo XVI al XIX, daba lo mismo en el mundo hispánico ser originario del sur o del norte, del este o del oeste. De la amistad entre un catalán y un toledano surge la poesía renacentista española. Tan español es en el siglo XVIII Olavide como Jovellanos. Aun en el siglo XIX, cuando, empezando por España, comienzan las guerras de Independencia, a Ventura de la Vega nadie le va a tratar en España de extranjero" (p. 26).

El prólogo de Caillet-Bois, pp. 15-32, viene a ser una historia sintética de la literatura hispanoamericana, no sólo de la poesía, como podía esperarse por el contenido y el título de la obra. Pero esta historia se detiene repentinamente en el modernismo, dejando en el desamparo a casi toda la mitad del siglo que llevamos. Sin duda esto hace menos visible la ausencia de Vicente Huidobro y Macedonio Fernández en el cuerpo de la antología, cuya obra no sólo tiene importancia histórica, como la de otros ausentes (Oliverio Girondo, Pablo de Rocka, pongamos por caso). Otras rectificaciones de menor monto pueden hacerse; Caillet-Bois, con toda humildad las pide con objeto de que "omisiones o inexactitudes puedan subsanarse en posteriores ediciones". De las inclusiones mejor no hablar; alguien podría parecer ingrato, o favorecido.